

▪ 6 ▪

CRISTIANISMO NO DENOMINACIONAL—

LA ÚNICA PLATAFORMA DE UNIDAD

J. N. Armstrong

En la enseñanza que el Espíritu Santo da en el Nuevo Testamento, Él requiere del pueblo de Dios que sea de un corazón y un alma. El que no sabe que las divisiones entre creyentes en Cristo son pecaminosas y destruyen el verdadero cristianismo, ha hecho caso omiso de lo más claro de la enseñanza bíblica: «¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es habitar los hermanos juntos en armonía!» (Salmos 133.1).

Esto fue lo que Jesús dijo en la oración que elevó a Su Padre:

Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste. La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste [...] (Juan 17.20–23).

Esta oración en la que el Salvador pidió que todos los creyentes del mundo fueran uno con los demás creyentes, como el Padre y el hijo son uno, debería ser suficiente para convertir a todos los que aman a Cristo verdaderamente, a la doctrina de la unidad del pueblo de Cristo. El hecho de que este fue justamente el deseo que Jesús expresó en una oración elevada en el momento de más profunda preocupación, debería hacerlo importante para todo discípulo; en efecto, es un deseo que debería interesar enormemente el corazón de todo creyente. Y debería serlo especialmente cuando uno conoce el propósito que tuvo el Maestro para desear esta unidad: Es posible que ningún otro pecado entre los creyentes haya impedido en tal grado que el mundo crea en Cristo, como este grave pecado de la división lo ha impedido.

Pablo escribió: «Os ruego, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo [...] que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer» (1^{era} Corintios 1.10). Con tales ruegos por la unidad, de parte del Espíritu Santo, ¿cómo puede una persona de espíritu sincero, de corazón obediente, tomar a la ligera este pecado entre nosotros? ¿Cómo es posible que uno no vaya a sentir el imperativo de renunciar a todo lo que el Espíritu Santo no exige en concreto, con el propósito de ser uno con todos los demás discípulos? En realidad, uno debería sentirse culpable de pecado mientras siga aferrado a cualquier práctica religiosa que perpetúe las divisiones entre los cristianos.

Son dos causas reales las que perpetúan las divisiones en el mundo religioso. Una es que muchas personas —incluidas algunas personas piadosas— jamás han considerado que el asunto sea pecado; y en lugar de ello lo toman a la ligera y no les preocupa. La otra causa es que, por otro lado, muchas personas de corazón piadoso o fiel, que lamentan profundamente la terrible división que existe, consideran que el problema está demasiado arraigado para que algún día tenga remedio. Ni uno ni otro grupo hace esfuerzo alguno para hacer realidad exactamente aquello que nuestro Señor enseña y manda; en lugar de ello, cada uno continúa desobedeciendo a Dios.

Algunos, no obstante, están dispuestos a «[pisar solos] el lagar» (Isaías 63.3) para obedecer a Jesús. Al igual que Saulo de Tarso, esto es lo que claman en su corazón: «¿Qué haré, Señor?» (Hechos 22.10). Están dispuestos a renunciar a su estatus en los negocios o en la sociedad, y a llegar a ser el «espectáculo del mundo», «la escoria del mundo, el desecho de todos» (1^{era} Corintios 4.13b), con el fin de agradar a su Señor y hacer Su voluntad. Es

para estos que escribo.

El hermoso resultado de la unidad entre los santos jamás se puede alcanzar mientras el denominacionalismo se perpetúe. El que lo promueva, estará promoviendo exactamente aquello que estorba los esfuerzos para lograr el glorioso propósito por el cual Jesús oró. Tal persona estará promoviendo el más grande mal del mundo religioso. Analícelo: Algunas de las personas más nobles (de corazón) del mundo están haciendo la vista gorda, promoviendo e, incluso, apoyando algo que estorba a la causa de Cristo en el mundo en una medida como muy pocas cosas la han estorbado alguna vez.

Podríamos desear que iglesias denominacionales enteras «rompieran lazos» y «[salieran] de ella» (vea Apocalipsis 18.4), pero no es realista esperar que así suceda. La única manera de detener el denominacionalismo en su marcha hacia delante, es haciendo que los miembros en particular vean sus males. Estos deberán entonces abandonarlo, renunciar a él, y llegar a ser nada más que la clase de cristianos que los cristianos neotestamentarios fueron. El ser la clase de cristianos que los primeros cristianos fueron, significa ser guiados completamente por el Espíritu Santo —enseñar, trabajar, servir y adorar de la forma que Él guió a las personas hacer tales cosas, cuando vino al mundo para guiarlos a toda la verdad. Si repetimos su obra con la humanidad, podemos tener la certeza de que seremos la clase de cristianos que fueron los cristianos neotestamentarios, seremos completamente libres de denominacionalismo.

Jesús no permitió que los primeros cristianos comenzaran la gran obra de salvar el mundo, sino hasta que el Espíritu Santo vino para guiarlos. El mandamiento que les dio fue en el sentido de «esperar» y «quedarse». Y esto fue lo que hicieron. Él vino, y hemos estado analizando la primera obra que hizo en aquellos discípulos y con ellos. ¿Estaba Jesús más ansioso en hacer que sus primeros discípulos fueran guiados por el Espíritu Santo, que en hacer que Sus discípulos de hoy día sean guiados por el mismo Espíritu Santo? Si no les permitió emprender su obra sin la guía del Espíritu, ¿estará dispuesto a que nosotros sigamos adelante sin la misma guía? Cualquiera que de todo corazón y de un modo fiel sigue explícitamente la obra que el Espíritu hizo cuando vino a guiar a los primeros discípulos, tendrá la certeza de estar siguiendo la guía del Espíritu Santo. De hecho, hasta donde sepamos, esa es la única manera de ser guiado por Él.

A medida que Su obra con ellos ha de ser nuestro ejemplo y guía, y a medida que nuestra

obra debe ser fiel al modelo divino, debemos examinar consciente y cuidadosamente cada fase de la obra. Hemos visto que esta primera obra incluyó predicar acerca de Jesús, oír, saber ciertísimamente, arrepentirse y ser bautizados. Por lo tanto, el que siga este modelo, estará siguiendo la guía del Espíritu Santo, del mismo modo que Pedro y sus oyentes la siguieron el primer día de Pentecostés después de la resurrección de Jesús. Tal predicador predicará a Jesús tal como Éste es dado a conocer en el Nuevo Testamento, suplicará a sus oyentes que sepan ciertísimamente que el Jesús que fue crucificado es Señor y Cristo, y a todos los que en verdad llegan a saber lo anterior les manda arrepentirse y bautizarse para el perdón de sus pecados. No predicará las doctrinas de las diferentes denominaciones, sino que únicamente la doctrina bíblica. El identificar a tal predicador con una etiqueta denominacional equivale a dar una imagen falsa del hombre mismo y de la doctrina de nuestro Señor.

Con este claro ejemplo del Espíritu Santo, ¿cómo pueden las personas de corazón sincero estar divididas en la obra de predicar el evangelio y salvar el mundo? ¿Es claro el ejemplo? ¿Podemos seguirlo? No hay duda, es tan claro como un sendero muy transitado. No se necesita ningún profeta, ni sacerdote ni predicador para interpretarlo, de modo que los indoctos e ignorantes puedan entenderlo; es tan claro que cualquiera que lee puede entenderlo. ¿Será posible que el Espíritu Santo haya hablado tan confusamente, que los corazones que buscan la verdad, aun la sangre de Jesús, lo malentiendan? ¿Es la enseñanza del Espíritu tan imprecisa que ellos deben separarse en partidos, dedicándose cada grupo a edificar su propio partido, cuando Jesús les ruega y les suplica que sean de una misma mente y de un mismo parecer? ¿Dónde está la falla? Si el Espíritu Santo hubiera enseñado de modo que los corazones no pudieran entender, entonces sí que serían en vano las súplicas que Él nos hace en el sentido de que seamos uno.

¿Fueron salvadas antes o después de ser bautizadas las personas a las cuales predicó Pedro? He aquí una bifurcación en el camino. Es aquí donde personas de corazón recto y sincero se separan unas de otras. ¿Será necesario? ¿Estuvieron en desacuerdo o fueron uno sobre este punto los tres mil que fueron bautizados aquel día de Pentecostés? Cuando la reunión terminó, ¿hubo un partido de los que creyeron que fueron salvos antes de ser bautizados, y otra división de los que creyeron que fueron salvos después del bautismo? No, no hubo

tal división, y todo mundo sabe que no la hubo. ¿Por qué no la hubo? ¿No provenían de todas partes del mundo los que estuvieron presentes en esa reunión? ¿No hablaban diferentes idiomas, y no habían sido criados bajo diferentes influencias y en diferentes ambientes? En otras palabras, ¿no eran ellos tan diversos en cuanto a su temperamento, carácter, influencia hogareña y crianza temprana como lo es cualquier audiencia hoy día? A pesar de serlo, en el momento que Pedro dijo: «Bautícese cada uno de vosotros [...] para perdón de los pecados» (Hechos 2.38), todos los que formaban parte de aquella enorme audiencia entendieron el discurso de Pedro. ¿Por qué no podemos entenderlo nosotros? ¿En que reside la diferencia? Es cierto que es una traducción del discurso de Pedro la que ha llegado a nuestras manos, pero ¿es nuestra traducción fiel? ¿Son más difíciles de entender las palabras españolas en las que las ideas de Pedro se vertieron?

En otras palabras, mis amados amigos, ¿creen ustedes que personas de corazón sincero deban malentender la pequeña palabra «para» de la

expresión «para perdón de los pecados», al punto que se separen en partidos, construyendo facciones y divisiones entre el pueblo de Dios, al mismo tiempo que Jesús está haciendo oraciones y suplicando que seamos uno? No parece que esa pequeña palabra «para» sea tan ambigua. El significado de esa sencilla palabra del castellano lo dice todo. Es la clave al significado del pasaje. «No puede ser», dirá alguien, «que la gran división del mundo religioso sobre la cuestión acerca de si somos salvos antes o después del bautismo, descansa sobre el significado de palabras como “para”». Tenga la seguridad de que sí lo es. En realidad, no hay justificación para la división. El denominacionalismo puede continuar solamente si nosotros pasamos completamente por alto las súplicas que hace nuestro Salvador en el sentido de que seamos uno.

Cuando Pedro dijo que estas personas se bautizaran para perdón de los pecados, él relacionó el bautismo con el perdón de pecados en un sentido muy importante. ¿Qué quiso decir? Lo veremos en la lección que sigue. ■